

Una poesía que, en la hora postrera, inventaba tales acentos, no podía menos de revivir.

Au banquet de la vie à peine commencé,
Un instant seulement mes lèvres ont pressé
La coupe en mes mains encor pleine.

Je ne suis qu'au printemps, je veux voir la moisson ;
Et comme le soleil, de saison en saison,
Je veux achever mon année.

Brillante sur ma tige et l'honneur du jardin,
Je n'ai vu luire encor que les feux du matin,
Je veux achever ma journée.

O Mort ! tu peux attendre ; éloigne, éloigne-toi ;
Va consoler les cœurs que la honte, l'effroi,
Le pâle désespoir dévore.

Pour moi Palès encore a des asiles verts,
Les Amours des baisers, les Muses des concerts ;
Je ne veux pas mourir encore. » —

Ainsi, triste et captif, ma lyre toutefois
S'éveillait, écoutant ces plaintes, cette voix,
Ces vœux d'une jeune captive ;
Et secouant le joug de mes jours languissants,
Aux douces lois des vers je pliais les accents
De sa bouche aimable et naïve.

Ces chants, de ma prison témoins harmonieux,
Feront à quelque amant des loisirs studieux
Chercher quelle fut cette belle :
La grâce décorait son front et ses discours,
Et, comme elle, craindront de voir finir leurs jours
Ceux qui les passeront près d'elle.

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION DÉCIMA

I

La Convencion iracunda habia segado todo cuanto chocara contra su implacable cuchilla, y la literatura francesa no solo se hallaba muda sino exangüe. Generalmente no consta cuan rápidamente se aniquila una civilizacion literaria bajo el hacha nunca embotada de una asamblea, ó la guadaña insaciable de un Atila ; y no debe ser poco el apuro de los partidarios del progreso continuo é indefinido de la civilizacion por los libros, al esforzarse conciliar con su ilusoria teoría, esa instantaneidad con la cual el soplo mugidor del incendio reduce á cenizas las vastas bibliotecas, cenizas que dispersa el airado soplo del huracan. El furor de destruccion que anima á los bárbaros conquistadores, la convulsiva

anarquía de la guerra civil que despedaza el seno de la madre patria, la irrupción de hordas errantes y famélicas, acribillaron las prodigiosas literaturas del antiguo Egipto, de la Persia, de la Grecia académica, de la Roma latina; y las llamas consumieron cuanto pudo escapar á la sordida saña de la muchedumbre invasora. Las lenguas mismas apenas cesan de ser cultivadas, se desvanecen con una rapidez prodigiosa, y errado andaría quien creyese en la inmortalidad de esos trapos mugrientos y rollos apolillados que, bajo el nombre de papel ó papiro, sirven al Sarraceno para calentar los baños de Alejandría, ú ofrecen páginas enigmáticas para la posteridad erudita. Diez años de Convención, una invasión tártara á la manera de Suwaroff, un cambio total en el culto, un trastorno general del estado social, un nivelamiento comunista de la propiedad en Europa, son mas que suficientes para que dentro de veinte años inútil sea buscar en Francia el menor destello poético ó literario. Las bellas artes y las bellas letras exigen una vida acomodada, ocios amenos, elegancia de costumbres y superfluidad de tiempo. ¿Quién podrá ú osará escribir en un país en que nadie lee?

II

Durante la terrible tormenta que conmovió nuestra nación hasta sus cimientos, la sospecha de ta-

lento era designación de muerte, y el furor de la Convención amenazaba con un naufragio total á la Francia literaria. Nada podía inocentar á la aristocracia del pensamiento á los ojos suspicaces del tribunal revolucionario, de ese gremio no menos receloso de los hombres ilustres por su inteligencia, que de los sobresalientes por su nacimiento, fortuna ó trage. ¿A qué orador, á qué poeta, á qué filósofo supo perdonar la Convención? Vergniaud, Danton, Camille Desmoulins, Bailly, Condorcet, Lavoisier, Roucher, Chénier y cien otros que sería prolijo enumerar, no habían podido saciar el encono de esa desalmada envidia, de esa implacable ojeriza contra todo género de superioridad, animada de un anhelo febril de establecer un nivel formado por rastreras medianías. « ¿Cómo te amañastes para vivir durante la Convención? » preguntaba á Sieyès un amigo suyo. « Me agaché y no abrí la boca, » respondió el famoso abate; lo mismo hubiera podido decir la Francia entera. Ahora bien, una nación obligada á agazaparse y coserse los labios para vivir, pierde pronto no solo su idioma sino sus ideas.

III

Mientras que así rugía el huracan revolucionario, la fuerza de la reacción organizaba en Europa una formidable cruzada contra la Francia, contra su fi-

lososía, su revolucion, sus ideas, su terror, su misma lengua, funesta dádiva con que desdoro á la nacion la sanguinaria asamblea; y un grito de ultriz justicia cundia en todos los corazones y resonaba en todo el orbe civilizado. Los mas acérrimos partidarios de nuestras ideas, los que con mas fervor habian acogido las promesas de renovacion social y política, repudiaban nuestros excesos y se arrepentian en alta voz de haber abrazado nuestros principios. Goëthe, Klopstock, Schiller, en Alemania; Monti en Italia; Fox y Pitt en Inglaterra, volvian contra nosotros su impetuosa elocuencia, y zaherian con virulenta acritud las monstruosas tropelias ejecutadas por los fautores del terror. Al mismo tiempo Burke nos sajava con su palabra tremenda, y escribia con hierro candente repetidas invectivas contra nuestras barbáries, série de filípicas del nuevo Ciceron contra la Roma moderna. Quince meses habian bastado á la Convencion para despopularizar los dos siglos de literatura francesa; y, tanto en nuestra nacion como en los paises extranjeros, todas las personas de ánimo sano y corazon recto se negaban á escribir, á leer, y aun á hablar la lengua de inmundos verdugos.

Un fenómeno inesperado salvó empero á la literatura y al idioma de esta proscripcion por el asco: cien mil familias francesas, lo mas selecto de la nacion literaria por el rango, nombre, elegancia, costumbres y language, emigraron y dispersáronse en todas las cortes, ciudades y aldeas de la Suiza, Ale-

mania, Rusia, Inglaterra, arrastrando en pos de sí el odio que profesaban al espíritu revolucionario y la conmiseración á que son acreedores los proscritos. Estas colonias de nuevos Mesenios, favoritos en las cortes, huéspedes en los palacios, víctimas deprecatórias en las metrópolis y lugares campestres, sembraban, esparcian y fomentaban por do quier la lengua maculada por los verdugos, pero amnistiada y favorablemente acogida en los labios de las víctimas. Los príncipes, los ancianos, las mugeres, los cortesanos, la jóven nobleza, los militares fogosos, los literatos expatriados, los poetas indigentes, las doncellas púberes, cuyas gracias aumentaban en el destierro, en una palabra, lo mas selecto de la Francia, penetraba en todas las familias, pagando la hospitalidad por la enseñanza del idioma nativo á los niños y á los huéspedes, en cuyos corazones no podian menos de hacer mella desgracias tantas contadas con lágrimas amargas y patética elocuencia. Así la emigracion interesaba sobremanera, asociaba á su suerte á todos los ánimos generosos, y naturalizaba en Europa una Francia errante y fugitiva que excitaba las mas vehementes simpatías en razon misma del asilo que se le prodigaba. Esta emigracion produjo en la literatura francesa un resultado análogo al del cautiverio de Babilonia, que esparció hasta los mas remotos confines del Asia, el Dios, el libro y la lengua de los Hebreos.

En efecto la emigracion contaba en su séquito á los oradores de la Asamblea constituyente escapados

de la siempre sedienta guillotina, como igualmente á los poetas, publicistas, folletistas, escritores y periodistas expatriados, cuyos combinados esfuerzos formaron esa literatura de reaccion contra la filosofía francesa, reaccion que arrastró al espíritu humano en una corriente opuesta de ideas y principios; funesto efecto que aun desgraciadamente se nota en nuestra época, y servicio nefasto de la Convención cuyo delirio feroz habia conseguido organizar como Cártago una liga hostil contra la civilización francesa.

Esta literatura emigrada encubria no pocos ingenios en pleno florecimiento, ó prontos á despuntar: tales eran Delille, casi olvidado en el dia, si bien acreedor al dictado del Ovidio francés por su elegía de *la Piedad* que recuerda las *Tristes* del poeta latino; Chateaubriand, desconocido en aquel entonces, pero cuyo genio se consolidaba y llegaba á su sazón en una guardilla de Londres; Talleyrand, robusta inteligencia, que con paciente calma aguardaba el fin de tan recia tempestad para volver á la patria apenas mudase el viento; el conde de Maistre, cuyas obras lo declaraban intérprete de la Providencia y profeta de los tiempos modernos; M^{ma} de Staël refugiada en Coppet; Mallet du Pan, animoso escritor internado en Basilea; Rivarol, escritor epigramático deslumbrante de chiste y punzante de sarcasmo, residente en Hamburgo; Fontanes en Ginebra; Bonald, caballero-filósofo, que conducía á sus hijos de menor edad en los caminos de Holanda, meditando

su *Legislacion primitiva*, teocracia bíblica y absoluta, dictada por una ojeriza enconada contra la fiebre revolucionaria.

No tardaron esta literatura, esta poesía y esta filosofía de la emigración, en aliarse por la simpatía de la desgracia con todo cuanto elemento literario habia podido escapar de la sanguinaria saña de los Convencionales; al paso que por sus doctrinas preparaba el advenimiento de un Macabeo ó de un Cromwell, si uno ú otro hubiesen cobijado los ejércitos franceses.

IV

No siendo nuestro intento escribir la historia de Francia, nos ceñiremos á notar la influencia de la revolución francesa en la lengua y literatura de nuestra nación. Así prescindiremos del Directorio, época de laureles y debates insignificantes, durante la cual la literatura emigrada preparaba por audaces teorías una restauración ultramonárquica.

Aun menos brillaron, bajo el punto de vista literario, el consulado y el imperio. Enfáticos boletines, bandos proclamados con militar laconismo, arengas oficiales de Fontanes que recuerdan los besamanos elocuentes de Cicerón para con César victorioso, en fin algunas poesías de colegiales adolescentes, desprovistas de númen, de contextura y virilidad en

el acento, afeminaron y degradaron la lengua, como el despotismo enerva los corazones y envilece las ideas. Tal fué la literatura de esa época de bélica gloria, en que solo resonaba el continuo estampido del cañon que hacia desplomarse fragorosa la Europa, y mas adelante desmoronó la Francia y la redujo á escombros. Pero diez años de combates, de victorias y de desastres, desde las extremidades de Egipto hasta la antigua capital del imperio moscovita, no pueden ser infructuosos para el idioma y literatura de una nacion. Bonaparte fué el hombre mas funesto, pero al mismo tiempo el mayor poeta de los tiempos modernos, poeta que con el mundo compuso una tragedia de diez años, en la cual hizo representar á la Francia el principal papel; tragedia patética en sumo grado si bien desprovista de móvil ideal; drama que rebosa de movimiento é interés, en el cual los excesos y desastres resultantes de la gloria conducen á nuestro país, por una série de embrolladas peripecias y acumuladas escenas, á una catástrofe inevitable. Hombre enteramente oriental como su isla, y de ningun modo europeo de su siglo, parecia tener por mision operar una mudanza integral en el centro de la revolucion, abrir una via de conquistas, torcer el cauce de la filosofía y la libertad, para hacer olvidar á la Francia su mision, y á la Europa su regeneracion por el pensamiento libre.

Por desgracia desempeñó con demasiada maestría su papel ese soldado que hizo retrogradar al espíritu tres siglos. Pero ¡qué poema legó á la posteridad es-

crito con trofeos y desastres militares, desde Menfis á Moscou y desde Paris á Santa-Helena! Un hombre que hizo del pueblo francés, sino el mayor poeta, á lo menos el tema del drama mas colosal que han visto los siglos, es acreedor para con la lengua y literatura de este mismo pueblo. A tan gigantesco poema solo falta la moralidad; pero es necesario reconocer que Alejandro y Cesar no tuvieron mas mira que el de la humana gloria. Anhelando tan solo dejar profundamente estampadas sus huellas en el campo de la historia, y embriagar á la posteridad con el eco sonoro de su nombre, vástago del mismo tronco era Bonaparte, é inútil es buscar en su vida y acciones mas objeto que el deseo de transmitir un recuerdo luminoso á los siglos venideros. Goce pues de tan vano galardón, ya que posee mas eco que inteligencia este mundo destinado á confundir eternamente el fragor metálico con la verdadera gloria. Sometámonos á la ley del destino y doblemos la cabeza, pues nada hay que esperar de los pueblos que solo estiman é immortalizan á los que los desprecian y atropellan. Tal fué entre otras una de las consecuencias funestas de la Convencion, pues siempre que se verá obligada una sociedad á optar entre un cadalso y un trono, se decidirá por este último; y ¿quién osará desaprobare tal fallo? La caída del Imperio produjo un súbito renacimiento de letras, tribuna y periodismo. La nacion parecia asfixiada en ese glorioso cuartel militar, y el soplo benéfico de la libertad dió nueva gala, nuevo brio y

nueva vida al genio francés. Así el fenecimiento de época tan aciaga aarreó, juntamente con la restauracion de la dinastía letrada de los Borbones, la inauguracion del reino de la inteligencia.

UNA NOCHE DE RECUERDOS.

V

Hace pocos dias que uno de esos denigradores encarnizados y sistemáticos de la época presente, uno de esos disfamadores ufanos y engreidos por el necio desden de que hacen alarde para con el siglo en que viven, vino á pasar la noche en mi casa junto á mi hogar. Este hombre, lleno de tedio contra las cosas actuales, desahogaba su mal humor en un language virulento en el cual censuraba amargamente á sus contemporáneos, olvidando estas profundas palabras de Talleyrand que resumen en un dicho chistoso la filosofía experimental resultante de una larga vida : « Un hombre cuerdo nunca se irrita contra las cosas, pues estas siguen su rumbo sin preocuparse de la humana mohina. »

El reducido corrillo de amigos que se esplayaban con toda franqueza en torno de mis tizones, tuvo la complacencia de escuchar con la mayor tranquilidad

ese torrente de palabras contra la naturaleza y la Providencia. En el dicrámen del mencionado sugeto, el siglo decimonono merece ser considerado como la hez de los siglos ; y el hombre, obra eternamente jóven en las manos de Dios, se deprime y bastardea continuamente de generacion en generacion. Cada nombre ilustre en política ó literatura que llegó á teñir de gloria este medio siglo trascurrido, salia ténue y aplastado de los labios del mencionado sugeto como una medalla mal dorada y de mala ley que suena á cobre al caer.

Por mi parte, no podia menos de contristarme y protestar interiormente contra ese menosprecio sistemático de una época que me ha parecido á veces infecunda en circunstancias, pero nunca en representantes. Que haya habido mas de un periodo desgraciado en un siglo condenado á ver abortar tantos sublimes proyectos, es una verdad que hallaba lejos de negar ; pero que la humanidad no haya sido fecunda y muy fecunda en grandes ingenios, en grandes talentos y en grandes caracteres, tal vez mas que en época cualquiera de nuestra historia intelectual, era punto que de ningun modo podia admitir, repugnándome como una ingratitud para con la naturaleza.

No obstante callé y no repliqué, pues no gusto de grandes debates en reducidos aposentos, ni de pronunciar arengas al rededor del fuego ; y cuando sonaron las doce de la noche en el reloj, cada uno se retiró satisfecho de haber deprimido su época al nivel